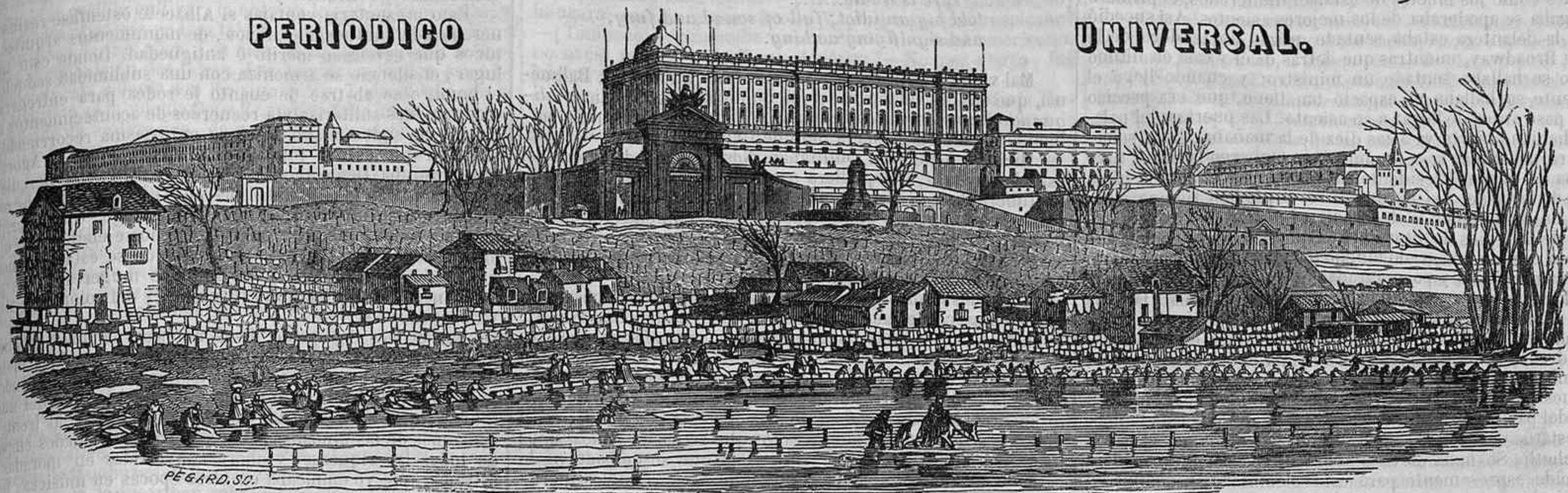


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 237.—SÁBADO 10 DE SETIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

INAUGURACION DE LA ESPOSICION INDUSTRIAL DE NUEVA-YORK.

La Exposicion Universal de Londres escitó la admiracion general por la grandiosidad de su proyecto y la acertada y conveniente ejecucion del mismo; sobrepujó en sus resultados todas las esperanzas mas quiméricas, y grangeó á los ingleses el mérito imperecedero de haber comunicado á toda la Exposicion, no solo por el atrevimiento de la idea, sino por su unánime é infatigable interés, un entusiasmo y un impulso que se apoderaron de todos cuantos echaron una ojeada en el palacio de cristal. La Inglaterra tiene en su favor la novedad de semejante grandiosidad y de una accion combinada de tantas fuerzas, y ha sabido sostener esta novedad hasta el último momento de la Exposicion. Por esta razon fué la Exposicion Industrial de Londres sorprendente en su principio, grandiosa en su trascurso, y solemnemente grande en su conclusion.

La América, casi envidiosa de tal resultado obtenido por la madre patria, ha tratado de trasladar este interés tambien á su territorio, y la exposicion industrial de New-York suscitó la ansiedad mas viva por las inmensas fuerzas de que América dispone y por la esperiencia de que este país ha llevado la palma sobre la Europa en muchos puntos y conceptos. La Exposicion de Londres era grandiosa; la de New-York será mas grandiosa aun; á lo menos así pensaban todos. La América tiene tambien en esto el ejemplo de la Inglaterra á

la vista, y el orgullo y amor propio de los americanos. Unidas ambas cosas á sus poderosos medios, hicieron esperar la cosa mas grandiosa. Con la mayor curiosidad pues anhelábamos la inauguracion de la esposicion; después de cumplido nuestro deseo hemos quedado poco satisfechos. Aquí no se presentaba á nuestra vista un cuadro tan grandioso ni tan acabado y hermoso, donde el arte se hermana de un modo tan ingenioso y peculiar con los productos de la industria, y les imprime un valor artistico aun mayor por la manera con que se hallan espuestos al público. Aquí no domina un espíritu de armonía en el conjunto; aquí pierde cada cosa en su valor por su mera esposicion porque se halla sola y única, y á veces formando el mayor contraste con los otros objetos que la rodean. La grandiosidad del plan no es suficiente á reemplazar la mano del arte, que sabe emplear y hacer valer aun el objeto mas insignificante como perteneciente al conjunto. América no ha podido obligar al arte.—En Europa al contrario es él quien ha preponderado.

Habia llegado el dia de la inauguracion, es decir el 14 de julio, y faltaban á lo menos seis semanas para que se consideraran concluidos los preparativos de la Exposicion. Ni siquiera la mitad de los objetos se hallaba en su lugar determinado, y la mayor parte de ellos ni aun se habia trasladado al palacio de la Exposicion. Casi todos los objetos se hallaban esparcidos aquí y allí, no dejando apenas el espacio suficiente á los espectadores, que tuvieron que abrir camino á veces por encima de fardos ú objetos empaquetados. La solemnidad y el entusiasmo durante el mismo acto

de la inauguracion parecian mas bien dirigidos al Presidente de la república que no á la Exposicion. Ya desde muy de mañana del dia 14 reinaba en Nueva-York una animacion inquieta y llena de ansiedad. Las banderas y los pañuelos que se agitaban en las casas y los balcones anunciaban la festividad del dia. Los soldados de marina y de tierra se precipitaban hácia el puerto, siguiéndoles innumerables espectadores para recibir al Presidente. Los cañonazos de los buques anunciaban su llegada. De un modo solemne fué recibido en Castle-Garden por el alcalde corregidor, las corporaciones y las personas mas visibles de la ciudad, y con palabras lisonjeras les manifestó el Presidente su agradecimiento.

Montó en un viejo y negro caballo de batalla que habia llevado el general Piercé durante la guerra de Méjico. En medio de vitores y precediéndole varias bandas de música, que entonaban los himnos patrióticos (Viva Columbia, la bandera estrellada etc.) fué acompañado á la ciudad, cuyas calles estaban atestadas de gentes y sus ventanas adornadas de las bellezas femeninas de Nueva-York, que agitando sus pañuelos enviaban su saludo al Presidente. La fonda de Astor recibió á este con toda la solemnidad posible; pero apenas habia entrado un momento, cuando á pesar del fuerte aguacero que caia emprendió de nuevo su marcha hácia el Palacio de Cristal en compañía de una inmensa muchedumbre. Varios caballeros le ofrecieron sus paraguas; sin embargo los rehusó, y llegó enteramente mojado al palacio de la esposicion.

Mientras que fuera de este llamaba el Presidente la atencion del público, no escaseaban tampoco en el interior los ob-



Alegorías de los meses.



Alegorías de los meses.



La niña.



La joven.

prendido en el acto, bastó este grito para que en seguida se viera rodeado de gente, y no tuviera mas tiempo que para decir á sus camaradas:
—¡Huid!

entregado al sueño mas tranquilo. A la siguiente mañana el burgomaestre, dándose toda la importancia de un magistrado subalterno, se constituyó con cuatro jueces en audiencia. El acusado debía comparecer tambien.

—¿Vuestro nombre?
—Fielding.
—¿Vuestra edad?
—Treinta y cinco años.



La muger.



La vieja.

El burgomaestre del vecino pueblo, que para conservar el orden asistia á la kermesada, se precipitó sobre el ladrón ayudado por cuatro dependientes de policía. Boleslao no hizo resistencia alguna, y se dejó prender. Condújosele á la cárcel del pueblo, donde pasó la noche

La sala era grande, y se hallaban en ella reunidos casi todos los extranjeros que habian acudido á la feria. Boleslao ocupó el banco de los acusados. El burgomaestre, que creia haber hecho una importante captura, le preguntó:

—¿El lugar de vuestro nacimiento?
—Stokolmo.
—¿Teneis defensor?
—No, porque soy muy pobre para pagarle; pero soy inocente, y me defenderé como pueda.

—Acusado, ayer se han cometido muchos robos en la feria; y habiéndose querellado el peletero Keller de que habiais pretendido robarle tambien, creo deber haceros responsable de todos los hurtos de que tengo noticia.

—Así se ahorra la justicia tener que hacer pesquisas, señor burgomaestre.

—¡Callad y responded. ¿Para qué os acercáis al señor Keller?

—Para hablarle de mis negocios.

—De qué negocios?

—Oid. Yo soy descargador en el puerto de Stokolmo: fui empleado con otros diez camaradas para llevar mercancías á la feria, con destino á Keller, segun creo; pero habiéndose marchado el que nos ocupó, le tiré al señor por el vestido para preguntarle si le habia pagado nuestro trabajo, porque yo nada he recibido.

—Keller, ¿reconocéis á ese hombre por haberle encargado trasportar vuestras mercancías?

—No, señor juez: solo le conozco por un ratero.

—Quizás no lo soy tanto como los comerciantes que roban á todo el mundo: ¿ois, vendedor de pieles de oso peladas?

—Señor juez, ese malvado ataca mi honor.

—Bien, muy bien. Acaso vuestro honor seria tan frágil como las pieles de oso, y se habra pelado como ellas.

Y dirigiéndose á Boleslao continuó el juez: —Fielding, vuestra historia puede ser verdadera; pero por mas natural y verosímil que sea, la justicia no os cree una palabra.

—¿Por qué? ¿Cuándo aun tengo en la cabeza y en las muñecas las cicatrices de las heridas que me he hecho arrastrando hasta la feria fardos y baulles, me decís que no digo verdad? ¿Qué pruebas necesitáis entonces? ¿Quereis que tome al cielo por testigo?...

—Es inútil, Fielding: escuchad; se han cometido numerosos robos y no puedo dispensarme de declararos su autor. Si otro lo fuera por casualidad, como no le tenemos en nuestro poder, y si á vos, esta circunstancia os es muy favorable, mi buen amigo.

—Señor presidente, dijo el escribano, un extranjero quiere hacer algunas revelaciones que segun dice pueden servir de mucho.

—Si puede ilustrarnos, eso justamente deseo. Que entre.

Entonces se presentó al tribunal un hombre de aire y fisonomía distinguidos.

—Señor burgomaestre, dijo, he mirado detenidamente al culpable, y creo poder aseguraros que tenéis en vuestro poder al mas célebre ladrón de la Suecia, á Boleslao.

—¿Boleslao! exclamó la concurrencia admirada.

—¡Oh gran Lutero! añadió el burgomaestre mirando estáticamente al acusado; si así fuese, estaria ya hecha mi fortuna.

—Hé aquí en lo que me fundo, continuó el extranjero. Yo

tramos cara á cara en la escalera: me miró, me saludó políticamente, y se fué. Cuando mas tarde descubri el robo, recordé sus facciones, que jamás olvidaré, y que son iguales á las del retrato que he visto en casa del jefe de policía.

Durante esta peligrosa declaracion, exacta en todos sus puntos, el rostro de Boleslao habia permanecido impassible;

espectador que parecia mas dispuesto á salir del tribunal que á figurar en la causa.

—Sí, á vos, señor; os reconozco bien, y no podeis haberme olvidado. Os ruego que confeseis lo que ha pasado entre los dos la tarde del dia de Noche Buena.

—¿Qué quereis que diga? No sé nada relativamente á vos; nunca os he visto, y me sois enteramente desconocido.

—¿Veis cómo nos estais engañando con fábulas? interrumpió el burgomaestre. Confesad, infame, que sois el verdadero Boleslao; confesadlo.

—Os suplico, señor juez, que tengais un poco de paciencia.

Y dirigiéndose con plañidero acento al testigo que invocaba:

—Me va en ello la vida, señor, dijo el acusado: ¿abandonareis á un padre de familia con muger é hijos cuando tan fácil os será salvarle?

—¿Pero de qué os he de salvar? respondió el interrogado. Entro aquí en este instante; no sé de qué se os acusa; y además, tengo otros negocios á que atender mas que á los vuestros.

—Vuestra respuesta es inhumana, señor, dijo el burgomaestre. Solo se os piden algunas noticias que no podreis rehusar. ¿Es verdad que habeis llegado á Stokolmo el dia de Noche Buena en un navio finlandés?

—Sí, es verdad; pero ¿qué prueba eso?

—¿Fuisteis á habitar el hotel del Gran Gustavo?

—Creo que sí: le abandoné á la mañana siguiente.

—Vamos, miradme bien, señor. ¿No recordais mis facciones? Decid: ¿no he desembarcado vuestro equipaje del navio para llevarlo al Gran Gustavo?

—Me estais fastidiando: os repito que no creo haberos visto una sola vez en mi vida.

—Consultad vuestros recuerdos; estoy seguro de no engañarme. Vos no tenéis interés en perderme, señor.

—Esperad: pues me obligais á hablar, ahora yo soy el que va á preguntaros.

—Responderé categóricamente.

—¿De qué era la maleta que trasportásteis?

—De cuero leonado.

—¿Qué tenia en derredor?

—Botones de cobre.

—Es verdad, señores. ¿Qué habia además sobre la maleta?...

—Una lámina del mismo metal.

—¿Qué habia grabado en ella?

—Dos letras; pero me será imposible recordarlas: escusadme, señores.

—Eso no importa, interrumpió el juez. Ninguno de nosotros, por buena que sea su memoria, podria retener una particularidad de ese género al cabo de dos meses.

—Señor presidente, continuó el testigo, esa prueba no es



Alegorias de los meses.

pero su corazon palpitaba con violencia. Miró al auditorio, y un instante después estaba mas tranquilo.

Vamos á saber la causa.

—¿Y qué respondeis á eso? le dijo con respeto el presidente. Explicaos, Boleslao.

—Señor presidente, ignoro qué interés tendrá ese hombre en darme el nombre de Boleslao: ¿de qué serviria que hallán-

dome yo en su lugar os dijese lo mismo de él ú otro individuo cualquiera, si hay tantos en Suecia de ese nombre como pueblos y ciudades?

—Esa contestacion es evasiva y pueril.

—Soy un pobre jornalero, y no conozco la astucia porque soy honrado; pero os daré razones, pues así lo quereis. Todo el dia de Noche Buena estuve en el puerto de Stokolmo ocupado en descargar un navio que llegaba de Filandia. Recuerdo que aquella tarde un hombre que me pareció caballero, me hizo conducir su equipaje al hotel del Gran Gustavo, cerca del mercado. Me pagó, volví á mi casa, cené con mi muger y mis hijos, y me acosté. Así pruebo yo la coartada.

—Todo eso está muy bien; pero no sabemos si lo que decís es verdad.

—¡Ah Dios mio! Si apareciese por ahí el viajero aquel... Me dijo que venia á Suecia para asistir á las fiestas de la gran kermesada; pero ¡se varia tan fácilmente de modo de pensar!

—Es verdad: su presencia y sus declaraciones os podrian servir mucho.

—¡Ah!... esperad... no... si... ¡Creo que

no me engaño!... es él... sí él es... señor burgomaestre, decidle que venga... ¡señor!... ¡señor!... allá abajo, en aquel grupo está... Acercaos, yo os lo ruego; venid á socorrer á un desgraciado!

—¿Es á mí? dijo designándose á sí mismo con el dedo un

irrecusable; dejadme dirigirla algunas preguntas mas difíciles. Debo deciros que el descargador á quien empleé era mas bajo que vos.

—¡Ah! es porque yo no he nacido para tan penosos trabajos. Miradme de pié: os juro que soy el mismo.

—Señor presidente, continuó el testigo, esa prueba no es



Alegorias de los meses.



Alegorias de los meses.

soy cambista en Nikæbing; hace cerca de dos meses... esperad: recuerdo que era el dia de Noche Buena, se introdujo ese hombre en mi casa por la tarde, y mientras mi muger dormia, se apoderó forzando un mueble de dinero y algunas joyas. Lo que me hace reconocerle perfectamente es que nos encon-

—Aun falta una cosa que va á confundiros, y es que el otro hombre tenia los cabellos rubios.
 —Señores, dijo vivamente Boleslao quitándose su peluca negra, mirad cómo soy rubio. He querido cambiar de color porque mis camaradas para injuriarme me llamaban el Rojo. Esto me ponía en ridículo con los viajeros, no me empleaban, y yo tengo necesidad de ganar mi vida.
 —Teneis razon hasta cierto punto, añadió el burgomaestre.
 —En fin, señores, y esto terminará los debates, prosiguió el finlandés, el que condujo mi equipaje tenia las mangas de la camisa remangadas y reparé sobre su piel una señal azul, como las pinturas que se hacen en el cuerpo los salvajes.
 —Miradla, dijo el acusado mostrando su brazo.
 —Nada tengo que añadir. Estoy convencido.
 —Y yo tambien, añadió el primer acusador, me habia engañado.
 La justicia está mas convencida que vosotros, amigos míos, dijo el burgomaestre con dignidad. Infortunado Fielding, bajad de ese banco que no deben ocupar los hombres honrados: el tribunal proclama vuestra inocencia.
 El peletero Keller fué condenado en costas.
 La audiencia terminó.
 Todos los circunstantes rodearon á Boleslao con muestras de interés, y abierta en el acto una suscripción á su favor, vió en un momento llena de monedas de oro la gorra que tenia en la mano. Después de darles humildemente gracias por tantas pruebas de generosidad, se dirigió al bosque, donde le estaba esperando su acusador, que no era otro que Bording disfrazado con el traje del conde de Stem-Sture.
 —¡Bravo, Bording! exclamó al verle, has desempeñado tu papel como un cómico consumado; ven á mis brazos, digno amigo. Te nombro mi segundo teniente. Ya me he desquitado de mis pérdidas ayudado por Bording, camaradas.
 Aquella noche se pasó bebiendo y cantando la victoria de Boleslao.
 Después todos se durmieron ébrios de júbilo y de licores.

CAPÍTULO XXIV.

Otro robo de Boleslao.

La escena, hábilmente conducida, que acababa de pasar en el tribunal, habia sido mucho tiempo hacia preparada en familia por el astuto y previsor Boleslao, que la habia ya repetido muchas veces en casos de apuro como el en que se acababa de encontrar.
 Lo mismo que los rateros de la escena política y de la plaza pública, los grandes ladrones necesitan siempre rodearse de personas que secunden sus intentos.
 Al día siguiente reunió su consejo Boleslao para acordar en qué debia desde entonces emplearse la comunidad. Repartiose entre todos el producto de los robos y la suscripción, y por casualidad acordóse el jefe del cofrecito de que se habia apoderado en el castillo de Medelshom.
 Presentado por Bording, que al encontrarlo en el bolsillo de su vestido lo puso en salvo sin reparar en lo que podia valer, hizo Boleslao saltar la cerraja, y lo único que dentro se encontró fué una sortija con una hermosísima esmeralda, y en el fondo algunos papeles doblados y sellados con un sello largo y negro.
 —¡Magnífica presa! dijo el jefe, una sortija que puede valer veinte rixdalas, y papelotes que para nada sirven. Está visto que en vez de robarles yo, me engañan á mí esos grandes señores, y por cierto que me alegraria de vengarme.
 —Leed los papeles, capitan, dijo Bording.
 —¿Para qué?
 —¿Quién sabe si nos podrán servir?...
 —Veamos, pues lo queereis.
 Y se puso á leerlos uno por uno: al llegar al tercero, exclamó admirado:
 —¡Diablo, diablo! ¡Teniais razon, hijos míos!... Hay aquí cosas curiosas... Son las pruebas de una conspiracion; pero á nada pueden conducirnos.
 Después, levantándose como un hombre dominado de sus pensamientos, dió unas cuantas vueltas por la choza, volvió á leer el papel que en la mano tenia, y dijo al fin con tono inspirado:
 —Vosotros, amigos míos, habeis seguido todos los cambios de mi fortuna; me habeis sido adictos como lo son los hijos á su padre, y el momento ha llegado en que quizá pueda probaros que soy verdaderamente el vuestro. Voy á aseguraros á todos una fortuna y un porvenir, sin que la justicia tenga en nada que meterse.
 —¿Cómo? exclamaron todos con la boca abierta.
 —Os lo diré cuando lo haya conseguido: básteos saber que voy á arrostrar el mas atroz de los peligros; pero que mi valor no cesará delante de esta prueba. Si sucumbo, me vengareis; si triunfo, seremos todos felices.
 —Bien: ¿qué mandais?
 —Que partamos al instante á Stokolmo.

CAPÍTULO XXV.

El ladron de la corte.

Desde el día en que Rimberg le llevara los despojos mortales de la princesa Sofia, estaba el rey Erico dominado por los mas sombríos pensamientos, y aumentáronse su tristeza y su desesperacion hasta lo infinito, cuando recibió la carta en que Catalina destruía todas sus esperanzas anunciándole que para siempre le abandonaba. Su situacion era tanto mas terrible, cuanto que no podia esplicarse este cambio tan súbito, esta abjuracion tan imprevista.
 —Yo no he nacido para ser amado, se decia á sí mismo.
 ¿El poder me hace ser temido? Pues bien, yo se lo haré sentir á mis enemigos; si Dios no me ha dado otra misión sobre la tierra que la de soberano, yo sabré cumplirla.
 Gustavo le sorprendió ocupado en estas reflexiones.
 —Señor, le dijo, habiéndose declarado la guerra á la Dinamarca, vengo á pedir permiso á vuestra majestad para ir á ella: no tengo que perder mas que la vida; dejadme ir á morir por vos.
 —¿Tambien vos, conde, queereis abandonarme? ¿no me ha de quedar un solo amigo? Comprendo cuánto tendrán de dolorosos vuestros recuerdos; pero no partais: tened valor

para vivir por mí. ¡Ay! yo tambien he perdido á la que amaba... ella ha muerto para el mundo, no existe entre nuestras dos amadas mas diferencia que la sepultura... y yo tengo que vivir para reinar... para ocuparme de la felicidad de un pueblo entero que no comprende mis sufrimientos, y que paga con ingratitud las penas que por él paso. Esto debe el hombre decir al amigo para convencerle; como rey, señor conde, os prohibo ausentáros de la corte.
 —¡Ah, señor! obedeceré; pero no haceis mas que prolongar mis dolores... la llaga de mi corazon nunca se cicatrizará.
 —Trataremos de consolarnos mutuamente. Os he nombrado gobernador de Orby-Hus; si queereis visitar esa prision de estado, podeis hacerlo; pero habeis de volver dentro de algunos días.
 Gustavo saludó, y salió.
 Después que quedó solo, ocupóse Erico en la redaccion de un plan de ataque contra Federico, rey de Dinamarca. El almirante sueco habia batido diferentes veces la flota danesa; pero como Erico se veía dueño del mar, queria estender sus conquistas hasta las costas orientales de la Zelandia, y apoderarse de Copenhague. Las instrucciones que comunicaba á sus generales eran hábiles y prudentes. Los historiadores, que le hacen justicia al ocuparse de su reinado, estan todos acordes en que, durante estas guerras de coalicion que contra él sostenian la Polonia, la Livonia, las ciudades anseáticas y la Rusia, unidas á la Dinamarca, Erico demostró mucha presencia de ánimo, talento y valor.
 Hacia algunos días que el príncipe Juan, cuyo casamiento con la hija de Segismundo habia incomodado tanto al rey; el príncipe Juan, volvemos á decir, por un acto de sumision inconcebible en su carácter, habia pretendido el perdón de su hermano, y vivia en la corte con su hermana Isabel. Los dos ponian gran cuidado en que no se trasluciesen sus relaciones con el soberano, porque sabian que este rey, dulce y afectuoso en su intimidad con amigos verdaderos, era irascible y arrebatado cuando se le queria poner trabas en el ejercicio de su poder. Su carácter iba cada dia siendo mas sombrío y desconfiado.
 Aun cuando ya habia advertido Erico aquella variacion de Juan y de Isabel, no la atribuía á la fuerza de la sangre, y esperaba que algun acontecimiento imprevisto viniera á revelar la causa.
 En este estado se encontraba el ánimo del rey algunos días después, cuando recibió este singular billete:
 «Rey de Suecia:
 «Un hombre que tiene en su poder las pruebas de un complot contra vuestra corona y vuestra vida, os suplica le concedais una entrevista secreta.
 «Desearia que se verificara por la noche, y sin luces, pues no quiere ser conocido.
 «Sus revelaciones os harán comprender este misterio.
 «Será preciso enviarle á buscar en un coche con las armas reales. Se hallará en el hotel de la Marina, y subirá en el carruaje así que le vea.
 «Esta precaucion le escusa de decirnos su nombre.»
 Erico leyó y releió este raro mensaje, acabando por pensar que lo habria escrito algun loco. Aunque le arrojó sobre la mesa, le preocupaba demasiado para dejar de pensar en él.
 —¿Será un asesino quien me lo envía, se preguntaba, ó quizá alguno que proceda con sinceridad? Muchos príncipes y reyes han perecido víctimas de intrigas de esta especie. Nunca falta un hombre que sea sobradamente fanático para arrostrar la muerte, solo porque se hable de él... ¡Y quiere estar solo y á oscuras! ¡Oh! ¡no, sus designios no son alvosos! un crimen así podria sospecharse, y seria muy fácil tomar precauciones que destruirian sus planes... ¿Pruebas de un complot? Yo sé que en torno mio se han tramado muchos que nunca he podido descubrir... Acaso la casualidad haya hecho ir á parar las pruebas de alguno á manos de ese desconocido. La noche se acerca... le recibiré.
 El rey llamó fuertemente.
 Un criado entró.
 —Decid al intendente de palacio que envíe un carruaje con mis armas al hotel de la Marina, y decid al propio tiempo á mi capitan de guardias que tengo que hablarle.
 Poco después de haberse marchado el doméstico, el capitan se presentó.
 —Caballero, le dijo Erico, vais á situar junto á este gabinete cincuenta soldados, y hareis guardar sus cuatro puertas. Al primer campanillazo, al mas ligero ruido entrarán vuestros guardias, y se apoderarán de la persona que yo les designe.
 —Bien, señor, respondió el oficial al retirarse para ejecutar estas órdenes.
 El rey encendió la lámpara que ordinariamente alumbraba su escritorio, y la ocultó detrás de una tapicería.
 La habitacion quedó sumida en la mas profunda oscuridad. El rey tomó dos pistolas cargadas y una espada.
 Estas calculadas precauciones daban bien á conocer el carácter desconfiado de Erico XIV.
 Así prevenido esperó mas de una hora.
 La noche estaba ya bastante avanzada.
 Entreabrióse la puerta del fondo, y una persona entró en el gabinete.
 —El es, pensó Erico.
 —¿Sois vos, señor? dijo el reciénvenido, yo soy el que...
 —Acercaos.
 Y el rey requería su espada.
 —Aquí estoy; pero está esto tan oscuro... y cuando no se conoce el interior de los lugares...
 —¡Es singular! respondió el rey; teneis una voz que ya he oído muchas veces.
 —Yo tambien reconozco la vuestra, aunque no recuerdo cuando...
 —Habeis exigido que nuestra entrevista se verifique á oscuras, y ya veis que he accedido á vuestros deseos.
 —Sí, y os lo agradezco.
 —Veamos; contadme lo que sabeis relativamente á ese complot de que me habeis hablado.
 —Un instante, señor; quisiera ante todo...
 —¿Qué quisierais?
 —¡No, por mi fé! ¡tanta prisa! Tengo en vos confianza, y os entrego los papeles sin condiciones. Después hareis de mí lo que os parezca.
 —¿Qué significa... dijo el rey tomando lo que le ofrecía el

desconocido; ¡sereis quizá uno de los culpables, y el arrepentimiento...
 —No, no, os equivocais. Yo no he tomado nunca parte en conspiraciones. Paso el tiempo en otra clase de ocupacion.
 —Si estos papeles son importantes, ¿será preciso leerlos en el acto en vuestra presencia?
 —Ciertamente.
 —Pero es imposible, porque no tenemos luz.
 —Es verdad: no habia pensado en eso. ¡Soy un imbécil!
 —Traeis armas?
 —No, señor. En prueba de la confianza que le inspiraba, el intendente de vuestro palacio me ha registrado al entrar, y nada me ha encontrado.
 —¿Qué razones teneis para no daros á cononer?
 —Muchas, mas de mil, y la primera de todas que me espango á ser colgado si así os place.
 —¿Y si os doy mi palabra real de que no me placará?
 —Habria adelantado mucho, y no seria tan temeroso.
 —Pues bien; sea así, nada teneis que temer.
 En este instante el rey levantó la tapicería, y la luz de la lámpara alumbró á la vez el rostro de los interlocutores.
 —¡El judío de la taberna! gritó el uno.
 —¡Boleslao! dijo el otro.
 —¿Me conoceis? añadió admirado este último.
 —Vos me conoceis tambien, respondió Erico.
 —¡Ah! ¡sois el rey! Ya no temo tanto por mi cabeza...
 ¿Recordais el peligro de que os salvé en casa de Catalina?
 —Sí: entonces os ofrecí, y aun os debo, quinientas piezas de oro en recompensa de aquella accion. ¿Las queereis ahora mismo?
 —Hablares de eso mas tarde.
 —Creo que esa conspiracion y estos papeles que me habeis dado han sido una astucia vuestra para reclamarme en persona el dinero...
 —De ningun modo. Os juro que no sabia que era el rey mi deudor.
 —Vamos: habeis visto mi retrato en las monedas...
 —No he pensado en tal cosa: he usado de tanto misterio porque temia vuestra justicia. Ahora que estais de bastante buen temple para no arrojarne de vuestra presencia y mandarme colgar, os ruego examineis esos documentos, pertenecientes á una historia que os contaré en pocas palabras, cuando querais.
 El rey se puso á leerlos con la mayor atencion.
 —¡Es posible! exclamó con vehemencia: ¡mi hermano y mi hermana Isabel á la cabeza de esta lista de asesinos! ¡Los condes de Harald, Platting, Falter, Wadestena... y Stem-Sture!... ¡mi compañero de placeres, cuyas deudas he pagado diez veces!...
 —Perdonadme, señor, si os interrumpo; pero eso no es así. Nosotros le hemos robado en el camino, y su traje me ha servido para entrar en el castillo de Medelshom, donde he hallado en una cajita estos papeles.
 —¿Y qué importa? no por eso son menos culpables sus intenciones; pero ¿cómo han venido á vuestro poder estos preciosos documentos?
 —Los hallé buscando otra cosa mas metálica y sonante. Para que mas os entereis, hé aquí lo que ha pasado.
 Boleslao contó al rey cuanto habia visto y oído. Al llegar á la carta que Catalina escribió amenazada de muerte, el rey se levantó, le hizo seña de que callase un instante, y abriendo una gabela mostró al capitan de bandoleros el original de la carta de Catalina, en que este reconoció todas las espresiones que habia oído dictar.
 —¡Ah miserables! exclamó Erico; ¡todo lo comprendo ya! ¡Piedad, perdon para ellos! no: ya es tiempo de que mi venganza los aniquile. Pero decidme, Boleslao, ¿qué han hecho de esa pobre niña? ¿qué ha sido de ella?... ¡ay de mí!...
 —Tanto no podré decirlos, señor, porque no presencié los siguientes sucesos: me encerraron en un subterráneo.
 —Si no la han asesinado es preciso que la encuentre, y la encontraré á su pesar, y la coronaré reina de Suecia. De todos los servicios que hasta ahora me habeis hecho, este es el que mas estimo, y para el que no encuentro recompensa. Pedidme cuanto querais: os empeño mi palabra real de que os lo concederé.
 —¡Diablo! me apuran tales ofertas un poco: no puedo servir un destino público porque mis antecedentes me lo impiden; ¡ah, señor! voy á hacer os una proposicion que os sorprenderá; pero os amo, y quiero vivir siempre á vuestro lado...
 —Nombradme ladron de la corte.
 —¿Ladron de la corte?
 —No hay otro empleo tan digno de mi capacidad, y que tan bien me venga.
 —Pero me vais á hacer cometer una locura, cuando os hablo muy formalmente.
 —Y yo tambien. Entre los grandes señores que teneis empleados en vuestra administracion hay algunos que dilapidan al pueblo con la misma impunidad y privilegios que el rey; yo los robaré á mi vez. Solo pido que se me conceda imitarlos.
 —Si no estuviese mi espíritu tan agitado por las penosas revelaciones que acabais de hacerme, me costaria gran trabajo, os lo confieso, no reirme de vuestra rara peticion. Os la concedo, porque tengo mi palabra empeñada.
 —Y yo la acepto, señor. Ya vereis qué de cosas nuevas... no quitaré á vuestros cortesanos mas que lo superfluo... siempre les quedará de sobra para derrochar.
 El rey tomó una pluma y estendió el título, que dió á Boleslao.
 —Tomad, le dijo, no hagais mal uso de él.
 —Estad tranquilo, señor. Solo me emplearé en beneficio del comercio.
 —¡Ah! añadió Erico reflexionando, me cabe mucha duda acerca de estos pormenores sobre los revolucionarios; ¿qué significa esta esmeralda?
 —Creo que ha de ser una especie de contraseña, porque todos los enmascarados que ví en Medelshom tenian una sortija como esa.
 Y señalaba la que habia encontrado en la cajita.
 —Dejadmela aquí: debe figurar en el proceso de alta traicion que va á ser presentado al supremo tribunal. ¡Idos, Boleslao, y tomad esta bolsa.
 El rey fué á sacarla de la gabela que antes habia abierto; pero no la halló.

—¡Ah! murmuró Juana tristemente, me veo amenazada como él...

No bien llegó á la opuesta orilla la galera real, cuando en la Torre de Londres y en todos los buques anclados resonaron nuevas salvas de artillería, con las cuales se mezcló el estrépito de los clarines y de las campanas. Allí también fué acogida Juana por la multitud con la misma frialdad, y como para completar el funesto presagio de la vieja, al mismo tiempo que su pié tocaba el suelo, el trueno que hacia ya algunos minutos habia cesado, retumbó de nuevo, para dirigir á la nueva soberana su última y suprema advertencia.

Al pié de la Torre la esperaban los principales personajes que la habian acompañado en la travesía del rio y acababan de desembarcar antes que ella. Al acercarse, todos los miembros del consejo privado hincaron la rodilla, y el duque de Northumberland le presentó las llaves de la Torre.

Entonces se desvanecieron las tristes ideas de Juana, y creyó que efectivamente era la reina de Inglaterra.

CAPITULO II.

Recibida Juana Dudley en la Torre de Londres con todas las ceremonias de costumbre, se retiró á sus habitaciones particulares para descansar, antes de asistir á una sesion del consejo privado, en donde un asunto de inmensa importancia iba á reclamar muy pronto é imperiosamente su presencia.

Muchos miembros del consejo se acercaron á Northum-

tonces se levantó, y volviéndose hácia los consejeros, desdobló un papel que tenia en la mano, y se espresó con grave y severo acento en estos términos:

«Sin duda, milords, no os sorprenderá mucho el saber que lady Maria, por medio de esta carta fechada en Kenninghall, proclama sus derechos imaginarios á la corona y os impone, en nombre de la felicidad que le debeis... á ella y á nadie mas... estas son sus palabras... el deber de que mireis únicamente por el honor y la seguridad de su persona, obrando de modo que sean acatados sus derechos en la ciudad de Londres y en otras poblaciones, con arreglo á las prescripciones de vuestra prudencia. ¿Qué decis á esto? ¿Qué respuesta dareis á una pretension tan arrogante y á unas aserciones tan insolentemente temerarias?»

—Ninguna, respondió el conde de Pembroke; las acogemos con el desprecio que merecen.

Eso es imposible, milord, repuso Juana, pues vuestro silencio se interpretaría de una manera poco conveniente á vuestro honor y al mio.

—En efecto, añadió Northumberland dirigiendo al conde furibundas miradas, y vuestro parecer, milord Pembroke, huele mucho á traicion. Yo os diré cómo debeis contestar á esa mal aconsejada muger. Declarareis en primer lugar que al fallecimiento de nuestro soberano Eduardo VI, ha quedado investida la reina Juana del poder supremo con todos los requisitos necesarios, no solo por las antiguas leyes del reino, sino en virtud de cartas-patentes del difunto monarca, firma-

emitido á la consideracion del Consejo sobre el particular? ¿Guardais silencio? Bien: esto quiere decir que os hallais satisfechos.

—Vuestra Gracia se apresura demasiado á sacar consecuencias, dijo el conde de Pembroke; yo no estoy satisfecho, y por lo mismo no firmaré ese escrito.

—Ni yo, añadió Cecil.

—Ni yo, repitieron otros señores.

—Eso lo veremos muy pronto, repuso Northumberland. Vuestra Gracia firmará el primero, señor arzobispo de Cantorbery... Bien: ahora vos, milord marqués de Winchester... Milord Bedford, vuestra firma... la vuestra, Northampton... Milord canceller, escribid vuestro nombre... Ahí va el mio... El último vuestra Gracia, milord hermano duque de Suffolk... Perfectamente. Ya veis, milords, que sabremos haceros frente.

—Si se firma y se envia ese documento, murmuró uno de los conspiradores, concluyen las esperanzas de Maria. Sospechará de sus amigos, y se embarcará inmediatamente para Francia, que es el resultado á que aspira Northumberland.

—Pues no lo conseguirá, dijo Pembroke, porque le faltarán las firmas que necesita.

—No respondo de ello, dijo sonriéndose Simon Renard.

—Ahora, milord Arandel, gritó el duque, tened la bondad de poner vuestra firma en el mensaje.

—Vuestra Gracia la esperará largo tiempo, respondió bruscamente el interpelado, porque tengo muy pocos deseos de mostrarme complaciente.



Los manuscritos de un poeta de provincia.—Aquí está el equipaje del huésped.

berland; pero después de contestar este con sequedad á sus preguntas, llamó á dos ugières á quienes encargó varios mensajes. Volvióse luego hácia Suffolk, y habló con él en voz baja durante largo espacio.

Conociendo los conspiradores que se sospechaba de ellos y que su seguridad estaba comprometida, se alejaron para consultar entre sí lo que debian hacer: unos opinaron que debian provocar abiertamente al teniente general; otros creyeron que el mejor partido era huir sin perder tiempo; estos querian renunciar desde luego á su peligrosa empresa; aquellos, menos atemorizados, sostenian que el duque no osaría tomar medidas de rigor, y que por consiguiente nada tenian que temer. En medio de aquel conflicto de opiniones, Simon Renard era el único que conservaba su imperturbable sangre fria.

—Demasiado cierto es que se han despertado las sospechas del duque, decia, y que sin duda medita represalias: no tardaremos en conocer sus proyectos; pero dejadme obrar, y respondo de que vuestras cabezas permanecerán tranquilas sobre vuestros hombros.

Media hora después, lord Guilford Dudley se presentó con la reina, que dió la mano á Northumberland para pasar al salon del Consejo. No bien se hubo sentado en el trono, cuando el duque se prosternó ante ella y la pidió su venia para comunicar á la asamblea una carta que acababa de recibirse de lady Maria. Juana le hizo una señal de asentimiento, y en-

das por su propia mano y selladas con el gran sello del Estado, en presencia de la mayor parte de los dignatarios, consejeros, jueces y otros muchos personajes tan sábios como prudentes, que han aprobado y firmado el acta. Direis también á su muger que, habiendo jurado fidelidad á la reina Juana, no podeis comprometeros en favor de su rival, sin haceros culpables de la mas infame felonía; le recordareis que, en consecuencia del divorcio del rey Enrique VIII y Catalina de Aragon, madre de la pretendiente, divorcio sancionado por muchas actas del Parlamento, es hoy una hija ilegítima y por lo mismo inhábil para suceder al rey su hermano. Por último, la aconsejareis que se abstenga de atormentar y de molestar, bajo cualquier pretexto, tanto á nuestra legítima soberana, como á sus súbditos, por la fidelidad y leal adhesion con que acaban de proclamarla. Esta es la respuesta que habeis de dirigir á Kenninghall.

—Deliberaremos, contestaron algunos individuos.

—Vuestra decision debe ser pronta, replicó el duque desdenosamente, pues un correo espera á la puerta vuestro mensaje; de modo que, á fin de evitaros la pena de perder un tiempo precioso, lo traigo ya redactado.

—Redactado! exclamó Cecil.

—Sí, redactado, repitió el duque presentándoles un pergamino; solo faltan aquí vuestras firmas. ¿Queréis, Sir William Cecil, ó vos milord Pembroke, ó vos Shrewsbury, examinar el escrito, para ver si se diferencia en algo de la idea que he

—¡Ah! exclamó con ira Northumberland; pero se contuvo y añadió friamente:—Vamos, milord Shrewsbury, me dirijo á vuestra lealtad... ¿Qué! ¿Tampoco?... ¿Ni vos, milord Rich?... ¿Conque también os negais, Hungtington?... Ea, milord Pembroke; en vos consiste hacerme creer que he cometido una injusticia al creerlos traidor... ¿Os reis y moveis la cabeza negativamente? Bien... bien... ¡Ah, milord Cecil, ya que sois tan gran diplomático... ¿Conque no hay uno entre vosotros y los de vuestro bando, que consienta en firmar?»

—No, gritó Pembroke.

—Habeis mentido, porque vais á hacerlo todos, todos, miserables traidores, perjuros y cobardes. O vuestras firmas, ó vuestras cabezas. ¿Me obedecereis ahora?»

—Os pregunta si le obedecereis, les dijo Simon Renard, mirándoles cómicamente.

—No, repitió Pembroke ardiendo en ira.

—Guardias, es clamó Northumberland, acercaos y asegurad sus personas.

Los arcabuceros cercaron á los partidarios de la reina Maria.

Juana fijó en Northumberland una mirada escrutadora, pero no articuló la menor palabra.

—¿Y cuál será el resultado de todo esto? preguntó Pembroke al duque con desdenoso y provocador acento.

—El hacha y el tajo, respondió Northumberland. (Concluirá.)

ho
al
ge
pri
ma
till
esp
des
á s
mi
est
en
la
sic
sas
un
gra
lig

lia
com
ma
no
cio
la
dr
toc
ad
qu
ob

si
de
do
ini
di
cu
bi
y
gu
ese
per
ter
pre
de
cu
let
cu
ac
pr
ne
ur
ne
Mi
er
es
de
or
y
m